

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE
 GÜTEMBERG
 ALFONSO 1075
 fecha 1874

VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE.

EN WAGON.—VERACRUZ DE DÍA Y DE NOCHE.—PASEOS EN BOTE.
 VIAJE AL REDEDOR DE LAS VERACRUZANAS.—BAILES Y BAN-
 QUETES.—A BORDO DEL «TAMAULIPAS.»

I

EN WAGON.

A JESUS VALENZUELA.

Ya amanece.—El sol y los volcanes.—¿Quiénes vamos?—Los llanos de Apam.
 Tomen ustedes cognac.—En Esperanza.—Las cumbres.—Escenas de túnel
 y otras.—Mortis imago.—Orizaba y Córdoba.—¿En dónde dormiremos?—
 ¡Ecco apparir Jerusalem si vedè!--¡Buenas noches!

La mañana es tan blanca, rubia y delicada como un bebé inglés de buena casa. Está primero dormidita en su colchón azul, con estrellas de plata; luego, entorna los párpados, se mueve, deja ver sus pupilas de «no me olvides,» alza el brazo y abre muy poco á poco las cortinas de su cuna, hechas con ese encaje de Bruselas al que llama neblina Mariano Bárcena, y con el que hacen mantillas las modistas del cielo, cuando las vírgenes quieren vestirse de andaluzas. Las estrellas, que en las solemnes horas de la noche tienen la claridad del oro pulido, en la madrugada parecen diamantes engastados en arillos de plata, como las alhajas de nuestros abuelos. Gradualmente, la quietud nocturna se va rompiendo aquí y allá para abrir paso á los sonidos, á manera de un río negro á cuya superficie van saliendo muchos peces. Por allá rompe la atmósfera, como un dardo puntiagudo, el quiquiriquí de los gallos; acullá gorjean los pájaros, pidiendo su desayuno. Durante las horas graves de la noche, hasta los árboles están dormidos. Es preciso que sople un viento

fuerte para que agiten sus brazos y lancen voces ó quejidos: entonces tienen pesadilla. Mas, si ninguna ráfaga tempestuosa les sacude, duermen de pie y solo se escucha la amplia respiración de sus pulmones. Es necesario que comience á clarear, para que recobren sus apariencias de vida. Entonces baja de la montaña un aire fresco: es el paje que viene á despertarles, llega cantando, cosquillea las ramas y al punto se estremecen los árboles, aspiran el rocío de la mañana, y dejan que los pájaros se escapen de su fronda, como una turba de sueños, huyendo despavorida del cerebro.

Ya la cima de los montes
El sol baña con sus rayos,
Y ya resonar se escucha
La esquila de los ganados.
¡Oh mi bien! ¡mi corderilla!
¡Mi sol, mi amor y mi encanto!
¡Cuánto por mirar daría
Otra vez tus ojos claros!
Yo con atención inquieta
Los tristes ojos levanto:
¡Adiós, niña de mi vida
Ya de este país me marchó!
¡Vana esperanza! no veo
En las rejas de tu cuarto
Blanco visillo correrse
Sobre los cristales claros.
Ella reposa; le presta
El sueño dulce descanso;
Probablemente sonrío
Con mis amores soñando.

* * *

En la Ciudad tiene la madrugada aspecto diferente. En las primeras páginas de «M. de Camors» describe Octavio de Feuillet á maravilla el despertar de Paris. Yo no intentaré la misma empresa. Unos volviendo de las cenas y los bailes, otros encaminándose al embarcadero de un ferrocarril, ó yendo de caza con la escopeta al hombro, hemos asistido al curioso espectáculo del amanecer. La campana de Santa Teresa llama á la primera misa que se celebra en las iglesias de México. Algunas cantinas y tendajos de ínfima clase abren la puerta, dejando ver las mesas de palo blanco en donde humea el café. Los barrenderos limpian las aceras, presididos por el gendarme que, con la capucha calada, presencia desde la esquina sus maniobras.

Allí va el carro del lechero, despertando á los vecinos de sueño frágil con el sonido de sus tarros de hojalata. Algunos zaguanes se entonan: aquella señora de tápalo pardo, va á la primera misa;

ése que lleva á cuestras su maleta, se dirige á Buenavista ó á San Lázaro. Los cocheros se desayunan en torno de las mesas que se sitúan en los portales. Varios fiacres, con los faroles encendidos, corren al embarcadero de los ferrocarriles. Por los barrios y aun por algunas calles céntricas pasan mugiendo las vacas que conducen á la ordeña. No es remoto que encontremos á algún ebrio tambaleando en las aceras; mas en cambio, devotos y devotas aguardan, en la puerta de la iglesia, á que abra la cancela el sacristán. Entrad en el templo. Casimiro Collado ha descrito admirablemente el aspecto de la casa de oración en tales horas.

Sombrío el templo está: del alba luchan
Los rayos con la lámpara oscilante
Que ilumina el altar;
Y entre el silencio lúgubre se escuchan
Los pasos de un anciano vacilante
Que madruga á rezar.
Poco á poco la luz por las ojivas
Ventanas entra; cae y resplandece
Del templo en la extensión;
Repléganse las sombras fugitivas,
La bóveda profunda se estremece
Del bronce sacro al son.
Huye azorado el pájaro nocturno,
Por la luz y el estruendo sorprendido
Donde sacia su sed;
Mientras otro volátil, taciturno,
De la gran puerta al áspero ruido
Salta por la pared.
Ya con solemne lentitud arrastra
Un sacerdote el fúnebre ropaje
Por la nave al cruzar;
Ya de hinojos al pie de una pilastra
Mírase envuelto en desgarrado traje
A un mendigo temblar.

* * *

Para completar el cuadro de la madrugada hay que asistir al paradero de una vía férrea. Allí es mayor el movimiento. Los coches llegan cargados de maletas y equipajes. Una turba de pilluelos se agolpa á las portezuelas disputando los bultos que han de llevarse á los wagones. Los papeleros vocean la «Libertad» y el «Monitor.» En la oficina de equipajes, alumbrada todavía con luz artificial, se pesan continuamente baúles, mundos y maletas. La romana gruñe, y los pasajeros temerosos de que salga el tren sin ellos, se empujan, se codean y se magullan. Por fin, con el saco de viaje en la mano, pasa usted la rejilla y entra en el andén. Allí son de ver el hormigueo de los mozos cargados de fardos, sacos y mundos; la confusión ba-

bélica de gritos, saludos, despedidas, campanadas, silbidos, interrogaciones é interjecciones; las escenas grotescas ó dramáticas de familias que se disgregan é incompletan con los viajes; los encargos de á última hora, y las conversaciones desde el ventanillo. La locomotora, el negro caballo del imperio del hierro, se dirige á su bebedero para saciar su sed y refrescar sus entrañas hirvientes. Los wagones abren sus puertas para tragarse, como antropófagos, á los pasajeros; de repente, ligera como una pluma, y pesada como una montaña, pónese en movimiento la serpiente de hierro; la locomotora hace un esfuerzo, mueve sus patas circulares, lanza resoplidos y surtidores de vapor, arranca los pesados carruajes de su inercia, separa manos que se estrechan con efusión, rompe los hilos de diamante que unen tantos corazones, y se pierde á lo lejos, mientras sacuden los viajeros sus pañuelos asomados á los angostos ventanillos. ¡Qué triste es tal instante cuando se va al extranjero, sin saber el día del regreso! Los que se van permanecen mudos y sombríos hasta perder de vista la estación; los que se quedan vuelven á sus casas, enjugándose el llanto, y sin hablar una palabra, en el obscuro fondo del carruaje.

Por fortuna, ni voy desterrado ni me apena la incertidumbre del regreso. Con dos amigos de buen humor subo al wagón y procuro ganarme un buen asiento. ¡A Veracruz! ¡A Veracruz! ¿Por qué no tomo el tren oficial? En este punto, permítanme ustedes que guarde el secreto. Alguna vez, aun siendo periodista, he de observar escrupulosa discreción. Al cabo y fin, no era por todo extremo interesante que describiera menudamente los hechizos de ochenta ó cien barbudos, famosos en la política y las letras.

Los convoyes oficiales son idénticos. ¿Vieron ustedes uno? Pues han visto todos. Además, aquí vamos con señoras, lo cual nunca es de menospreciarse, sobre todo, cuando se trata de pasar catorce horas en wagón. No puedo darme cuenta aún de quiénes vamos. Hasta ahora, solo sé que hemos entrado Pancho Garay, Octavio Baz, una botella de vino del Rhin, dos de cognac, un «pâté de foi grass» y yo. Con la venia de ustedes, cubro mi cabeza con el gorro de camino, me envuelvo en el amarillo guardapolvo, dejo á mis pies el protector zarape que en fantas correrías me ha acompañado, y tomo el primer sorbo de cognac. ¡Jesús! ¡Qué ven mis ojos! ¡Valenzuela! Caí en sus brazos, aunque hubiera preferido caer en los de alguna mujer guapa, y lo estreché con íntima efusión. ¡Bien empezaba el viaje, cuando tan agradable compañero iba á mi lado! Con Valenzuela puede irse al fin del mundo; primero, porque

la buena estrella del jóven diputado es un indicio de bonanza; y segundo, porque mozo tan decididor, franco y resuelto, no se halla ni buscado con linterna. Juntos hicimos las primeras armas en las columnas de este mismo diario, que entonces no era tan gigantesco como ahora, y juntos hemos de estar en el Congreso si Dios, el pueblo y el Gobierno lo permiten. Iba con Valenzuela un doctor en ciernes, muy simpático por más señas, y que se apellida Prieto yo no sé por qué. Llevábamos, pues, un médico de cámara muy capaz de salvarnos de cualquiera enfermedad, y más particularmente del vómito prieto: que por ser homónimo suyo, debe guardarle ciertas consideraciones. Hicimos un grupo aparte; y merced á tan buenos compañeros, guardé los libros y la baraja francesa, que para disuadir el tedio del camino había llevado.

Nada más triste, en verdad, que esos interminables llanos de Apam. Allí las primeras horas de la mañana, no tienen el color ni la frescura con que yo las pintaba algunas líneas más arriba. En cambio, son más solemnes é imponentes. En los amplios horizontes, se espacia la vista, y ningún bosque, ningún pueblo, ningún árbol la estorba en su carrera á las montañas. Estas, con el color azul que les da la distancia, se extienden formando curvas y ondulaciones caprichosas. Unas parecen los hinchados senos de una mujer azul; otras, la joroba de un monstruo marino. Entre todas, destacan majestuosos y triunfantes los dos volcanes: el «Popocatepetl» y el «Ixtlaccihuatl»; la «Montaña que humea,» y la «Mujer Blanca.» A ciertas horas, el «Ixtlaccihuatl» parece una colosal estatua yacente. Aumentad extraordinariamente la idea que despiertan los siguientes versos de Becquer, y podréis figuraros el volcán:

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Vé la gótica tumba, á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios
Las manos sobre el pecho
Y en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna del cincel prodigio.

Hay una hora, sin embargo, en que el volcán tiene otro aspecto: la hora del amanecer. El sol besa la nieve con sus rayos, y la Mujer Blanca se ruboriza. Parece una recién casada aguardando en el lecho á que su esposo venga á darle el saludo de la mañana. Las colchas blancas cubren todo su cuerpo y cierran castamente debajo de la barba; pero dibujando el suave contorno de una rodilla redonda y la graciosa curva de los senos. El Popocatepetl es más severo. También muda de color y se enrojece cuando nace el sol. Está celoso, y la cólera caliente y agita su sangre. El Popocatepetl es el marido de la Mujer Blanca; el sol es el amante. Cuando veais que

las nubes envuelven á los esposos gigantescos, es que han corrido los cadentes cortinajes para que ni los astros ni los hombres presencien sus fantásticos amores.

El viajero poeta va embebecido en la contemplación de los volcanes. El paisaje, como he dicho, no tiene accidentes ni detalles. Gautier decía que los árboles impiden ver el campo; por consiguiente, los monótonos llanos que se extienden desde México hasta Esperanza, le habrían enamorado y sorprendido.

En el wagón en que nosotros íbamos, estaban la señora de Manterola, cuya amabilidad y distinción son extremadas; la hechicera señorita María Ramírez, algunas otras damas cuyos nombres no supe, D. Juan de Dios Arias con su distinguida familia, el diputado Herrera, Alberto Morales Manso, que es un excelentísimo compañero de viaje, los tres Rubín, los Escandón, Tomás Morán y Manuel y Javier Algara. En el otro wagón y en un departamento reservado, iban Roberto A. Esteva y Fernando Trueba con sus señoras. La señora Ruiz de Trueba está recién casada: iba, pues, á hacer el viaje de bodas y á vivir en la contemplación de dos inmensidades: la inmensidad del mar y la inmensidad del amor. Isabel, la señora de Roberto, llevaba un elegante traje de camino y un precioso sombrero de ala tendida á la Enrique III. Su rostro de duquesa de la época de Luis XV, formaba con el sombrero Montpensier un delicioso anacronismo.

Ya fortalecidos por un mediano almuerzo, continuamos el camino. Ya podía ver y admirar á mi sabor el «Pico de cristal del Orizaba,» como dice gallardamente Juan de Dios Peza. De cristal, es verdad, cristal opaco. A medida que se avanza en el camino, el Pico va cambiando de formas y colores. Es como una mujer que no se entrega sino con resistencias y pudores: Primero, alza su manga para que admiremos la redondez pulida del brazo, después, levanta la enagua y deja á descubierto el breve pie; ya desnuda la morbidez de la garganta y suelta en largas hebras el cabello rubio; ya vuelve á recatarse y encubrirse, como una virgen friolenta al salir del baño. Cuando, por fin, se muestra en todo el esplendor de su blancura, los ojos quedan sorprendidos y admirados. ¿Recordáis la «Sinfonía en blanco mayor» de Teófilo Gautier? Siento no traducirla, porque es intraducible, para aplicarla al Pico de Orizaba.

Sphinx enterré par l'avalanche,
Gardien des glaciers étoilés
Et qui, sous sa poitrine blanche
Cache de blancs secrets gelés.

La parte interesante del camino á Veracruz, comienza en Boca del Monte. Desde allí todo es «horriblemente hermoso,» como decía Alfredo Bablot. No es un camino de hombres sino un camino de águilas.

Los rieles van estrechando, en un abrazo ascendente, el cuerpo colosal de la montaña. Nada más atrevido ni más pitoresco. La vegetación es exuberante y enmarañada. Diríase que los pinos se preguntan, en el colmo del estupor, cómo han podido los hombres penetrar hasta su recóndito secreto. A ratos, el tren se columpia sobre un abismo, en cuyo fondo las casas parecen manchas de cal, y los árboles diminutos puntos negros. Yo pasé toda aquella parte del camino en la plataforma del wagón, y con una chica muy guapa que se llama Luz; pero de buena gana me habría atado al barandal de hierro, como Ulises al mástil del navío. El vértigo se apodera de uno, y se siente la invencible necesidad de arrojarse al vacío. Los puentes suceden á los puentes, y los túneles á los túneles. A cada rato una boca negra, desdentada por fortuna, traga el convoy. Reina la obscuridad durante algunos momentos; y al salir de ella, los novios repiten desconsolados aquel cantar de Campoamor:

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
¿No habrá otro túnel, gran Dios?

Al llegar á Orizaba, el camino se suaviza. Comienza la admirable vegetación de la Tierra Caliente; los platanares, los cafetos, la caña de azúcar. Toda esa parte del camino debe pasarse leyendo la oda de D. Andrés Bello á la «Agricultura de la Zona Tórrida.» Quedan atrás las espantosas barrancas, los atrevidos puentes y los negros túneles. Parece que se torna á la vida. De cuando en cuando vuelve á pasarse algún minuto de terror; pero éstos son ya más raros y menos agudos. Por desgracia, en Córdoba comienza á obscurer, y el manto negro de la noche cubre las bellezas del camino. Los párpados fatigados se cierran; el cuerpo busca una postura cómoda, y en esta guisa se llega á Veracruz. ¡Santo Dios! ¡si nos habrán guardado alojamiento! . . .

II

VERACRUZ DE DIA Y DE NOCHE.

Veracruz no tiene el tristísimo aspecto que suelen darle. Sus calles son aseadas, rectas y anchas; en casi todas hay edificios amplios y de fachadas elegantes, contruidos conforme á las exigencias del clima y á las tradiciones de la arquitectura española, esto es, con grandes patios y volados corredores, por donde el aire puede circular holgadamente, refrescando la atmósfera de las piezas. Las torres, con viviendas en que habitan aglomerados los vecinos de las principales ciudades europeas, serían imposibles en Veracruz. Allí es preciso que cada uno esté á sus anchas, y que tenga el espacio suficiente para que su respiración no vicie el aire de la alcoba. Los techos altos son indispensables. En pleno Diciembre se siente en Veracruz el mismo calor que nosotros sentimos durante los meses de Abril y Mayo: solo que, aquí no se transpira ni hay brisa que atempere la atmósfera. Cuando nosotros llegamos al puerto acababan de soplar muy fuertes nortes, y la temperatura estaba fresca. No obstante esto, tuvimos uno ó dos días de fuerte calor.

Enfrascados como estábamos, pasando de los banquetes á los bailes, y de los botes al «Tamaulipas» ó al «City of Puebla,» era difícil, si no imposible, que visitáramos minuciosamente la ciudad. No ví, por ejemplo, el Hospicio, que según me cuentan, es uno de los edificios mas notables; pasé, sin detenerme, frente á la Biblioteca, en cuyo fondo está el retrato de Hernández y Hernández. Volví sin visitar las oficinas y los almacenes de la Aduana, ni el Hospital, ni el Camposanto, ni los colegios y las escuelas del Estado, tan importantes para el viajero observador. Por consiguiente, cuanto diga aquí de Veracruz será superficial, vago é indeterminado. Contaré lo que ví en calles y plazas, limitándome á escribir con lápiz y en las hojas de mi cartera algunas observaciones hechas al paso, sin detención ni minuciosidad ni trascendencia.

Lo primero que sorprende en las calles de Veracruz son los zopilotes. Pasean tranquila y gravemente, como los diputados en nuestras calles de Plateros. Algunas personas de buena educación les ceden la acera. Nadie los molesta. Son tan sagrados y venerables como los gatos en Egipto. Para los asesinos de estos inviolables no hay procesos, ni moratorias, ni jurados. Si alguien, por entreteni-

miento, ó por enojo, me clava su puñal en el pecho, la policía tarda algún tiempo en aprehenderlo; los jueces se demoran muchos años en instruir su causa, y los jurados, en atención á esto ó lo otro, pronuncian un veredicto absolutorio. No pasa así con los matadores de zopilotes. Para éstos hay una ley tan expeditiva como la de salteadores y plagiarios. Sin formación de causa, se les impone una multa de cincuenta pesos; ¡pena grave, que, en ciertas y determinadas condiciones, puede ser más cruel que una sentencia de muerte! El zopilote, pues, goza de más prerrogativas que nosotros. Basta observar su continente gravadoso, la seriedad con que censura la conducta del Gobierno desde aleros y azoteas, el corte irreprochable de su traje negro, que le permite siempre ir de visita, para caer en cuenta de que no se le ocultan los privilegios de su estado y de que anda orgulloso de sí mismo. Comunmente desdeña caminar por las aceras y se va por en medio del arroyo, tal como Lerdo atravesaba en su victoria por entre los carruajes del Paseo. Lo que nunca abandona es la formalidad. Yo no ví reír á ninguno, aun cuando se leyera en voz alta las «Cartas de Junius.» El zopilote es serio: parece que está discutiendo siempre sobre el *niquel*. Como los sabios, calla mucho, jamás externa su opinión, y anda despacio. Muchas veces temí que alguno de ellos se acercara á pedirme la lumbre; pero el zopilote no fuma; es muy probable que tome rapé francés, pero tampoco me atrevo á asegurarlo. Su aspecto adusto y su vestido negro, inspiran profundísimo respeto. Parecen padrinos de duelo ó agentes de la Empresa Gayosso.

Por las eternas injusticias del destino, el zopilote no desempeña en Veracruz las altas funciones á que está llamado. No apadrina los duelos, ni imparte justicia, ni expide leyes, ni perora sobre la filosofía de lo inconsciente: el zopilote, respetado y todo, hace la policía de la ciudad. Cuando las calles están sucias, el «Ferrocarril» ó el «Diario Comercial» no interpelan al Ayuntamiento sino á los zopilotes. Estos, como si fueran regidores, no contestan. Menosprecian las furias de la prensa, y, armados de su inviolabilidad, pasan con talante desdeñoso junto á los infelices gacetilleros. Estos animales—continúo hablando de los zopilotes—descorazonan y entristecen al viajero. Causan repugnancia y miedo, como los perros de Constantinopla. En las primeras noches se sueña con los graves pajarracos y con el doctor Garmendia. Este es, en opinión de muchos médicos, el enemigo más formal que tiene el vómito. Pero tal consideración no satisface, y el simple encuentro con un hombre á quien jamás quisiéramos tener á nuestra cabecera, compunge el ánimo y acorta los bríos de la fogosa juventud. Los medrosos sueñan que el doctor Garmendia (no obstante su saber), les deja en brazos de la muerte, y que una turba de espantosos zopilotes devora en breve rato sus cadáveres.

.

Contrastando con las obscuras gallinazas, ora asomados á zaguanes y balcones, ora en tiendas y almacenes, se ven hombres en pechos de camisa. La camisa es el lujo del veracruzano. Aquí la llevamos escondida. El saco inglés apenas deja ver el cuello—que comunmente es postizo—y los puños, también de quita y pon. En Veracruz sucede lo contrario. Casi puede decirse que andar en mangas de camisa constituye el traje de etiqueta. Es un país de gorja para las lavanderas: bien es verdad que, como decía un amigo tonto, allí el lavado debe ser barato, porque nadie puede negar que abunda el agua.

Los almacenes presentan un aspecto muy curioso. En cada escritorio ve usted una camisa blanca con dos mangas y un cuello, á cuya extremidad superior está pegada la cabeza de un alemán. Una de las mangas se mueve continuamente y su aditamento carnos, armado de la pluma infatigable, traza en la blanca superficie del papel ó en las páginas de enormes libros, número incalculable de pequeñas cifras que representan lo que comemos, lo que vestimos, lo que bebemos y lo que gastamos. En esos libros están marcadas las pulsaciones de la República. En esas cifras está el microbio del delirium tremens, del adulterio, del peculado y de la estafa. Leed los rubros de esas hojas: «vinos, joyas, sedas:» es decir, inteligencias que se pierden, mujeres que se venden, hombres que se levantan la tapa de los sesos ante un océano de facturas.

En Veracruz todos hacen cuentas: allí el consonante de ocho es diez y seis. Dicen, sin embargo, que está hoy el comercio decaído por la falta de compradores arribeños. La animación es menos grande; pero imposible que pierda nunca la ciudad su carácter esencialmente mercantil. Id á la plaza del muelle, en donde sirven de postes los cañones tomados al almirante Baudín y al príncipe de Joinville; la hallaréis atestada de enormes fardos, y si no andáis con vigilancia y tiento, un mozo de cordel os descalabra, una carreta os atropella, ó quedáis aplastados bajo un bulto gigantesco. Por las calles circula poca gente. Todos están en los almacenes ó en las casas. Estas, por las condiciones del clima, se prestan poco al lujo. Los ajuares de bejuco y las coquetas mecederas no faltan nunca en las casas elegantes, y la tertulia—particularmente entre hombres solos—suele hacerse en el zaguán.

Las familias veracruzanas almuerzan á las diez, comen á las cuatro y no acostumbran cenar. En las fondas se come bien y muy barato. Por ejemplo, en el hotel de Diligencias, que es de los principales, y al que asistí muy repetidas veces, nos cobraban diez reales por un buen almuerzo, con vino rojo á discreción. Lo mismo se

paga en el hotel de Galatour. En otras partes, como en el Casino y en la Lonja, sirven «á la carta,» como se dice en la moderna galiparla. En la primera de estas fondas, el pan se paga aparte y es muy malo.

De buena gana haría un examen minucioso de la cocina veracruzana; un hombre culto está obligado á ser gastrónomo. Desventuradamente el exceso de arribeños desorientó á los fondistas. Agotábanse los mariscos muy temprano, tomábamos las mesas por asalto, corrían despavoridos los sirvientes, y en estas condiciones anormales, no era posible formar un juicio exacto ni del servicio ni del cocinero. Lo que sí digo en tesis general, es, que en Veracruz se come bien. La leche es magnífica. No así el agua, que tiene un sabor dulzón muy pronunciado.

En los portales del hotel de Diligencias y del Casino Español, hay muchas mesas de madera y fierro, en que se sirven desayunos y refrescos. Allí se saborea el café por las mañanas y el «mintjulep» por la tarde. Mientras el pasajero desayuna, algún granuja de esos que andan, como en Nueva York, provistos de una caja de betún y de un cepillo, da lustre á su calzado. Estos granujas son, por lo común, muy insolentes y desvergonzados. El pueblo de Veracruz, como el de casi todos los puertos, no es respetuoso ni escatima los juramentos y los ternos. En cambio, es mucho más culto y despejado que el de México.

Las galerías del teatro se llenan de boteros y cargadores que presencian con interés el espectáculo. Este teatro es bastante amplio y bonito, pero mal ventilado. Cuando yo asistí se representaba el «Duque Job,» de León Laya, arreglado á la escena española por Tamayo y Baus, con el título de «Lo Positivo.» Veracruz me recibía poniéndome en escena. Por desgracia, cuando llegué al teatro había pasado ya la representación de una loa en verso, escrita en pocas horas y con motivo de las fiestas, por el extremado poeta D. Rafael de Zayas Enríquez. Dicho está que no la ví; pero estoy cierto de que ha de ser tan correcta y elegante, como todo cuanto cincela con su pluma el muy amable vate tropical. La compañía dramática es malísima, y ya sea por esta consideración, ó ya por la temperatura sofocante que agobia á los espectadores, acude al teatro muy escasa concurrencia. En donde se paseaban muchas damas, era en el jardín de la plaza, que allá, más disparatadamente que aquí, se llama Zócalo. En este paseo, lo más digno de mencionar es el embanquetado de mármol, cuya amplitud y limpieza son notables. Tiene también cuatro hermosísimas palmeras, que cautivan á todos los mexicanos.

Muchos hombres pasan la velada en el café ó en los salones de la Lonja, que son buenos. El salón del Casino Español es elegantísimo, y está admirablemente decorado. Mucho me habían dicho de la prostitución que reina en Veracruz; pero en esto, como en